

2 de agosto de 2026 – XVIII Domingo del Tiempo Ordinario

Is 55,1-3; Rom 8,35.37-39; Mt 14,13-21

INTRODUCCIÓN

Un maestro pidió una vez a sus alumnos que llevaran a clase algo que representara la felicidad. Un niño llevó un juguete nuevo; otro, un teléfono móvil; otro, un fajo de dinero de un juego de mesa. Pero una pequeña niña llevó una barra de pan. Cuando el maestro le preguntó por qué, ella respondió: «Porque cuando mi mamá comparte el pan con nosotros en la mesa, sé que nos pertenecemos unos a otros».

Hay un hambre en todo corazón humano que ningún éxito, posesión o entretenimiento puede satisfacer plenamente. No solo anhelamos alimento y seguridad, sino también amor, sentido, perdón y esperanza.

Las lecturas de hoy nos revelan a un Dios que invita, alimenta y permanece fiel. A través del profeta Isaías, Dios clama a los sedientos: «¡Vengan!». En el Evangelio, Jesús alimenta a la multitud hambrienta con compasión. Y san

Pablo nos asegura que nada podrá separarnos del amor de Cristo.

Al reunirnos alrededor de la mesa de la Eucaristía, reconozcamos las veces en que buscamos satisfacción en lugares equivocados, las veces en que dudamos del amor de Dios y las veces en que no compartimos nuestro pan, nuestro tiempo y nuestra compasión con los demás.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú invitas a los hambrientos y sedientos a venir a Ti para recibir la vida: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú tomas lo poco que tenemos y lo transformas en abundancia mediante tu amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú permaneces fiel a nosotros y nada puede separarnos de tu amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que colma de bienes a los hambrientos, fortalece a los débiles con su misericordia y nunca deja de amar a su pueblo, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios continúa alimentando a su pueblo con misericordia, esperanza y amor inquebrantable, unámonos ahora a los ángeles para alabarlo cantando:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fuente de todo bien
y plenitud de todo anhelo humano,
enséñanos a tener hambre, sobre todo,
del alimento que permanece para la vida eterna.
Fortalécenos con tu compasión,
para que, confiando plenamente en tu amor fiel,
compartamos generosamente con los necesitados
y nunca perdamos la esperanza en tu providencia.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Confiando en el Dios que nos alimenta con su Palabra,
nos fortalece con su amor y permanece fiel para siempre,
profesemos ahora juntos nuestra fe:

PROFESIÓN DE FE (solo para meditación personal)

Creemos en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
que llama a todo corazón humano
a las aguas de la vida y al banquete de la gracia.
Él es el Dios de la compasión y de la fidelidad,
que nunca abandona a su pueblo
y cuya misericordia permanece para siempre.
Creemos en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
que se hizo pobre para enriquecernos con su gracia.
Él acogió a los cansados, sanó a los afligidos
y alimentó a los hambrientos con pan y esperanza.
Cuando la humanidad estaba vacía y buscando sentido,
Él reveló la abundancia desbordante del amor de Dios.

Con cinco panes y dos peces
nos enseñó que lo que es poco en las manos humanas
se convierte en más que suficiente en las suyas.
Por su Muerte y Resurrección
se convirtió para nosotros en el Pan de la vida eterna,
y nada —ni el sufrimiento, ni el fracaso, ni el pecado, ni
siquiera la muerte—
puede separarnos de su amor.
Creemos en el Espíritu Santo,
que nos fortalece en nuestra debilidad,
nos consuela en nuestra soledad
y despierta en nosotros un hambre más profunda de Dios.
El Espíritu nos enseña a confiar,
a perseverar en la esperanza
y a convertirnos en pan partido y compartido para los
demás.
Creemos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica,
llamada a continuar la misión de Cristo en el mundo:
acoger al extranjero,
alimentar al hambriento,

consolar al afligido
y proclamar la alianza eterna del amor de Dios.
Creemos en el perdón de los pecados,
en el poder de una misericordia más fuerte que nuestros
fracasos, en la resurrección de los muertos
y en el banquete eterno del cielo,
donde toda hambre será saciada
y Dios será todo en todos. Amén.

HOMILÍA

Hace muchos años, un viajero llegó tarde por la noche a un pequeño pueblo de montaña después de caminar durante horas bajo una lluvia fría. Todas las posadas estaban cerradas. Cansado, empapado y hambriento, llamó a la puerta de una humilde casa de campo. Una anciana abrió la puerta. Tenía muy poco: una hogaza de pan, algo de sopa que había quedado de la cena y una manta seca. Sin embargo, recibió al desconocido como si fuera de la familia.

Años después, aquel viajero escribió sobre esa noche. Lo

que más recordaba no era la comida ni el calor, sino la sensación de haber sido profundamente acogido, profundamente recibido y profundamente amado. «Aquella mujer pobre —escribió— me dio más que una comida. Me devolvió el valor para seguir viviendo».

Esa historia toca el corazón de las lecturas de hoy. Una y otra vez, Dios se presenta ante nosotros no como un gobernante distante, sino como Aquel que invita, alimenta y permanece fiel. A través de Isaías, de san Pablo y del milagro de los panes, escuchamos un gran mensaje: Dios nos desea, Dios nos alimenta y nada puede separarnos de su amor.

Cuando era niño, en las ferias de los pueblos siempre había un vendedor ambulante muy conocido. Permanecía junto a un pequeño puesto de mercado con un sombrero alto adornado con cintas de colores y gritaba a la multitud: «¡Vengan aquí, señoras y señores! ¡No pasen de largo! ¡Deténganse y escuchen! ¡Nunca volverán a encontrar una oferta como esta!»

Gritaba tan fuerte que la gente se detenía casi sin darse

cuenta. Los niños se acercaban. Los ancianos sonreían. Se formaban grupos de curiosos a su alrededor. Hacía que su producto pareciera tan maravilloso y tan barato que casi parecía gratuito.

Ese recuerdo de mi infancia volvió a mi mente cuando leí las palabras del profeta Isaías:

«Todos los sedientos, vengan por agua; aunque no tengan dinero, vengan, compren y coman.»

Dios se parece casi a ese pregonero en medio del mercado de la humanidad, llamando a las personas distraídas que pasan apresuradamente delante de Él.

Pero hay una diferencia enorme.

El vendedor buscaba clientes.

Dios nos busca a nosotros.

El vendedor quería obtener ganancias.

Dios quiere dar vida.

Y observemos algo hermoso en la invitación de Isaías. Al principio parece que Dios habla de pan, vino y leche. Pero poco a poco la invitación se vuelve más profunda:

«Escúchenme y vivirán.»

No dice:

«Compren y vivirán.»

No dice:

«Logren el éxito y vivirán.»

No dice:

«Gánenselo y vivirán.»

Sino:

«Escuchen... y vivirán.»

Un joven empresario confesó una vez a un sacerdote que tenía todo lo que había soñado: dinero, prestigio, viajes y éxito. Sin embargo, cada domingo por la noche se sentía extrañamente vacío.

«Sigo escalando —dijo—, pero ya no sé qué montaña estoy escalando.»

¿Cuántas personas viven así hoy?

Muchos gastan enormes cantidades de dinero buscando la felicidad. Algunos suben sin descanso la escalera del éxito, no porque necesiten más dinero, sino porque

buscan importancia. Otros viajan constantemente, no para descansar, sino para poder decir: «Yo estuve allí». Otros gastan fortunas tratando de mantenerse jóvenes, atractivos, exitosos y emocionalmente equilibrados.

Y, sin embargo, debajo de toda esa actividad permanece un hambre silenciosa en el corazón.

Isaías nos pregunta hoy:

«¿Por qué gastan dinero en lo que no alimenta?»

Es una de las preguntas más penetrantes de toda la Escritura.

Porque, en lo más profundo, todo ser humano tiene sed no solo de alimento ni solo de bienestar, sino de sentido, de algo permanente y de un amor que no desaparezca.

Por eso el Evangelio de hoy es tan conmovedor.

Jesús acaba de recibir la terrible noticia de la ejecución de Juan el Bautista. Intenta retirarse a un lugar solitario. Él mismo está de duelo. Desea silencio. Descanso. Soledad.

Pero las multitudes lo siguen.

Y, en lugar de irritarse, el Evangelio dice:

«Se compadeció de ellos.»

Esa frase nos revela todo el corazón de Cristo.

La mayoría de nosotros sabemos lo que significa estar emocionalmente agotados. Sabemos lo que es sentir que ya no tenemos nada más que dar. Los discípulos ciertamente se sentían así. Al ver aquella enorme multitud dijeron:

«No tenemos más que cinco panes y dos peces.»

En otras palabras:

«No es suficiente.»

Y cuántas veces decimos nosotros lo mismo.

«No tengo fuerzas suficientes.»

«No tengo paciencia suficiente.»

«No tengo fe suficiente.»

«Ya no me queda suficiente amor.»

Pero Jesús dice:

«Tráiganmelos.»

Eso cambia todo.

En manos humanas, cinco panes son insuficientes.

En las manos de Cristo, se convierten en abundancia.

Hace algunos años, mientras visitaba Bélgica, entré en una pequeña iglesia donde se conserva la tumba de san Damián de Molokai.

Damián se ofreció voluntariamente para servir a los leprosos de la isla hawaiana de Molokai. Finalmente contrajo la enfermedad y se le prohibió abandonar la isla para siempre. Habría podido llenarse de amargura. Sin embargo, se entregó todavía más completamente a las personas que sufrían a su alrededor.

Construyó casas, vendó heridas, enterró a los muertos y consoló a los solitarios. En una de sus cartas confesó algo profundamente sencillo: sin la Eucaristía nunca habría podido soportar tanto aislamiento y sufrimiento.

La Eucaristía se convirtió en su fuerza.

Damián tenía muy poco para dar. Sin embargo, aquello poco que puso en las manos de Cristo se convirtió en alimento para toda una comunidad.

Como los cinco panes y los dos peces.

Como tantos santos ocultos de la vida cotidiana.

Conocí una vez a una viuda anciana que vivía sola y sufría dolores constantes. Me dijo:

«Padre, ya no puedo hacer grandes cosas. Pero cada mañana ofrezco mi soledad a Jesús por alguna persona que se siente abandonada.»

Probablemente aquella mujer nunca comprendió cuán luminosa se había vuelto su fe. Su sufrimiento, puesto en las manos de Cristo, se transformó en amor.

San Pablo lleva el mensaje de hoy aún más lejos.

Quizá pocas palabras de la Escritura hayan consolado a tantas personas como estas:

«Nada podrá separarnos del amor de Cristo.»

Nada.

Ni el sufrimiento.

Ni el fracaso.

Ni la enfermedad.

Ni la traición.

Ni el pecado.

Ni siquiera la muerte.

Pablo casi canta estas palabras con asombro:

«Ni la muerte ni la vida, ni lo presente ni lo futuro... podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.»

En un mundo donde tantas promesas se rompen, esto es extraordinario.

Todo sacerdote siente un estremecimiento cuando pregunta a los novios:

«¿Prometen ser fieles en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de su vida?»

Porque la fidelidad es difícil. El amor humano es hermoso, pero frágil.

Y, sin embargo, Pablo afirma que existe un amor más fuerte incluso que la muerte.

Dios no nos ama solamente cuando tenemos éxito, cuando somos santos o cuando nos sentimos fuertes. Nos ama porque su amor no está basado en nuestros méritos,

sino en su fidelidad.

Dios dice por medio de Isaías:

«Haré con ustedes una alianza eterna.»

Una alianza eterna.

Eso significa que Dios no se despierta una mañana y decide dejar de amarnos. Su misericordia no es un sentimiento pasajero. Su fidelidad no cambia.

Incluso el rey David —pecador, adúltero y homicida— no fue abandonado por Dios.

Y tampoco lo seremos nosotros.

Existe una hermosa película titulada *El festín de Babette*.

Cuenta la historia de una comunidad religiosa estricta y triste en un remoto pueblo de Dinamarca. Aquel mundo frío recibe a Babette, una mujer refugiada que un día gana inesperadamente una gran suma de dinero.

En lugar de guardarla para sí misma, gasta todo preparando un banquete extraordinario para los habitantes del pueblo.

Al principio ellos desconfían. Pero, a medida que avanza

la comida, antiguos resentimientos se suavizan.

Relaciones heridas se restauran. Corazones congelados comienzan a derretirse. A través de la abundancia del banquete, la gracia entra silenciosamente en sus vidas.

Eso es lo que hace Cristo.

El milagro de los panes no trata solamente del pan. Trata de la generosidad desbordante de Dios. En Cristo siempre hay más misericordia que pecado, más amor que nuestros fracasos y más vida que nuestras muertes.

Un pequeño niño preguntó una vez a su abuela:

«¿Dios se cansa alguna vez de amarnos?»

La abuela sonrió, lo llevó afuera durante la noche y, señalando las estrellas, le dijo:

«Mientras esas luces brillen en el cielo, recuerda esto: el amor de Dios brilla todavía más.»

Queridos hermanos y hermanas, pasamos gran parte de nuestra vida temiendo no ser suficientes, temiendo ser abandonados y temiendo que nuestro vacío permanezca vacío para siempre.

Pero hoy el Señor se encuentra en el mercado de este mundo llamándonos:

«Vengan a mí.»

Vengan con su hambre.

Vengan con su cansancio.

Vengan con sus fracasos.

Vengan con sus cinco panes y dos peces.

Y escuchen nuevamente la promesa de Cristo:

«Nada podrá separarlos de mi amor.»

Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, humildes como los cinco panes y los dos peces, se conviertan por la gracia de Dios en fuente de vida y salvación, y para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, acepta los dones que te presentamos y transfórmalos con tu poder y tu misericordia.

Así como Cristo multiplicó los panes para saciar el hambre de la multitud, haz que este sacrificio nos alimente con el alimento de la vida eterna y nos enseñe a confiar en tu amor abundante. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro. Porque en tu compasión nunca abandonas a tu pueblo. Cuando la humanidad vagaba con hambre y sed, nos llamaste de nuevo hacia Ti

por medio de las palabras de los profetas
y nos alimentaste con la promesa de tu alianza.
En Cristo, tu Hijo, revelaste la plenitud de tu amor.
Él acogió a los cansados, consoló a los afligidos,
alimentó a las multitudes hambrientas y mostró que
ninguna pobreza humana es mayor que tu misericordia.
Por su Muerte y Resurrección
nos abriste el banquete de la vida eterna, donde nadie es
olvidado y nada puede separarnos de tu amor.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos alrededor de la mesa del Señor y confiando en
el Padre cuyo amor nunca abandona a sus hijos, oremos
con confianza las palabras que Jesús mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.
Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre,
Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú alimentaste a los hambrientos,
acogiste a los cansados y reconciliaste los corazones
mediante la abundancia de tu amor.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad
conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos alimenta con el Pan de la Vida
y cuyo amor nada en la tierra puede vencer.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, hoy nos has alimentado una vez más
con el pan que verdaderamente sacia.

Cuando nos sintamos vacíos, recuérdanos que tu amor
basta.

Cuando nos sintamos débiles, enséñanos a poner lo poco
que tenemos en tus manos.

Cuando temamos ser abandonados, ayúdanos a recordar
tu promesa de que nada podrá separarnos de tu amor.

Que esta Eucaristía nos fortalezca para convertirnos en
pan partido para los demás, esperanza para los
desanimados y compasión para quienes tienen hambre en
el cuerpo o en el espíritu. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por estos dones celestiales,
te suplicamos humildemente, Señor, que, alimentados con
el Pan de la Vida y fortalecidos por la certeza de tu amor
fiel, perseveremos en la esperanza, sirvamos a nuestros
hermanos y hermanas con un corazón generoso y un día
participemos plenamente del banquete eterno de tu Reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que alimentó con compasión a la multitud
hambrienta, llene sus corazones de confianza en su
providencia. Amén.

Que Él los fortalezca para compartir generosamente
los dones que han recibido de sus manos. Amén.

Y que permanezcan siempre seguros de que nada podrá
separarlos del amor de Cristo. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, compartiendo con todos los que encuentren el pan de la bondad, la esperanza y la compasión.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Podemos sentir que lo que tenemos es muy poco. Pero cuando nuestra vida es puesta en las manos de Cristo, incluso los pequeños panes se convierten en abundancia, y nada puede separarnos de su amor.»

3 de agosto de 2026 – Lunes, 18.^a Semana del Tiempo Ordinario - San Domingo

Jer 28,1-17; Mt 14,22-36

INTRODUCCIÓN

Un equipo de rescate de montaña contó una vez la historia de un escalador que se desorientó en medio de una densa niebla en una cresta elevada. La visibilidad se redujo casi a cero y todas las direcciones parecían iguales. Lo que lo salvó no fue la vista, sino el sonido: el pulso constante de una baliza de radio distante que lo guiaba paso a paso de regreso a un lugar seguro. Más tarde confesó que nunca había sido tan consciente de lo frágil que podía ser su sentido de orientación.

La vida con frecuencia se parece un poco a aquella cresta: caminos familiares que de repente quedan ocultos, decisiones que ya no parecen claras y fuerzas que no son suficientes para afrontar lo que tenemos por delante. En esos momentos, aquello en lo que nos apoyamos revela mucho de nuestro corazón.

El Evangelio de hoy nos sitúa discretamente en medio de

la tormenta y el silencio, del miedo y la fe, de la distancia y la cercanía de Dios. Nos invita a preguntarnos hacia dónde nos volvemos cuando arrecian los vientos y cuando las aguas se vuelven profundas.

Y así, mientras reunimos nuestros pensamientos dispersos y nuestra confianza frágil, nos preparamos para reconocer aquellos momentos en que hemos perdido el rumbo y hemos dejado de escuchar la presencia guía de Dios, mientras entramos en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Con invocaciones del Kyrie

Señor Jesús, tú te retirabas a la oración para permanecer unido al Padre y atento a las necesidades de tu pueblo:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú extendiste tu mano a Pedro cuando el miedo hizo que se hundiera bajo las olas:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú vienes a nosotros en medio de toda tormenta con las palabras: «Ánimo. Soy yo. No tengan miedo»: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nunca nos abandona en las tormentas de la vida, fortalezca nuestra fe débil, sostenga nuestros corazones temerosos y nos conduzca del aislamiento a una confianza más profunda mediante la comunión con Él; perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que condujiste a san Domingo

a encontrar fortaleza en la oración

y a proclamar tu verdad con valentía y compasión,

concédenos que, en medio de las tormentas e

incertidumbres de la vida,

sepamos escuchar atentamente tu voz,

confiar en tu presencia salvadora

y caminar con fe firme hacia tu Reino.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,

que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

En un pueblo costero se contaba la historia de un viejo pescador que salía solo antes del amanecer, incluso cuando el tiempo era incierto. Una mañana, una tormenta repentina apareció más rápido de lo esperado. Desde la orilla, quienes observaban temieron lo peor, porque su embarcación desapareció entre la niebla y el viento. Sin embargo, él había enseñado algo importante a los pescadores más jóvenes: nunca salir al mar sin antes escuchar el viento en silencio.

En el Evangelio de hoy vemos a Jesús haciendo algo semejante, aunque de una manera mucho más profunda. Después de enviar a los discípulos por delante, sube solo al monte para orar. No se trata de una huida, sino de una comunión profunda. En la soledad junto al Padre, Jesús recibe fuerza, claridad y amor. Y desde ese lugar de oración permanece atento —no ausente— a la lucha de sus discípulos en el mar.

Este es el primer movimiento del Evangelio: la oración no aleja a Jesús del mundo; lo arraiga más profundamente en

él. La tormenta no oculta a los discípulos de su mirada. Al contrario, su comunión con el Padre abre aún más su corazón a la necesidad de ellos. Aquí encontramos el primer desafío para nosotros: con frecuencia pensamos que la oración nos aparta de nuestras responsabilidades, cuando en realidad profundiza nuestra capacidad para responder.

Hay un segundo movimiento en el Evangelio: el grito de Pedro. Cuando comienza a hundirse, pronuncia la oración más breve y quizá la más sincera de toda la Escritura: «¡Señor, sálvame!». No es una oración elaborada ni teológica. Es la oración de alguien que sabe que no puede sostenerse por sí mismo. E inmediatamente Jesús extiende su mano. Entre el hundirse y el ser salvado solo existe una cosa: la confianza.

Un joven socorrista recordó una experiencia parecida durante su entrenamiento. Un nadador, presa del pánico en aguas agitadas, dejó de luchar contra las olas y simplemente gritó pidiendo ayuda. El socorrista dijo que todo cambió en ese instante; no porque el mar se calmara,

sino porque el nadador finalmente permitió que alguien lo alcanzara. Con frecuencia, la fe comienza precisamente ahí: no en el control, sino en el abandono confiado.

Llega luego el tercer movimiento: el reconocimiento de los discípulos: «Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios». Lo que comenzó con miedo termina en alabanza. Aquel que camina sobre las olas no es un extraño a sus luchas, sino la misma presencia de Dios en medio de ellas. La tormenta no desaparece inmediatamente, pero se revela algo más profundo: no están solos.

Y aquí es donde el Evangelio nos alcanza personalmente. Jesús sigue viniendo hacia nosotros en las tormentas que no podemos dominar. Sigue pronunciando las mismas palabras: «Ánimo. Soy yo. No tengan miedo». El hilo conductor que atraviesa todo el relato es sencillo, pero exigente: pasar de la soledad de la oración a la fortaleza en medio de la tormenta.

Años después, aquel viejo pescador del pueblo costero volvió a quedar atrapado en medio de un fuerte temporal. Finalmente, una embarcación de rescate logró llegar hasta

él. Quienes iban a bordo le preguntaron por qué no había regresado antes. Él respondió sencillamente que, en medio de las olas, había aprendido a escuchar, no solo el viento, sino también a Aquel que habla a través de él.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que, al colocar estos dones sobre el altar,
el Señor reciba los temores, las luchas y las oraciones
silenciosas que llevamos dentro,
y nos fortalezca para confiar en Él en medio de toda
tormenta, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas, Señor,
se conviertan para nosotros en signo de tu presencia
salvadora,
para que, fortalecidos por nuestra comunión contigo,
no perdamos el ánimo en los momentos de prueba,
sino que aprendamos a confiar en la mano de Cristo
que se extiende para levantarnos cuando vacilamos.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu Hijo amado nos has mostrado el camino que
va de la oración al servicio fiel.
En el silencio del monte buscó la comunión contigo,
y desde esa comunión vino a fortalecer a quienes estaban
abrumados por el miedo y la lucha.
Cuando los discípulos eran sacudidos por las olas,
no los abandonó, sino que caminó hacia ellos con
palabras de ánimo y de paz.
Cuando Pedro clamó en su debilidad,
tu Hijo extendió su mano salvadora,
revelando que tu misericordia está siempre más cerca
que las tormentas que nos amenazan.
Por medio de Él nos enseñas
que la fe no nace de la fuerza humana,
sino de la confianza en tu presencia permanente.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Padre que escucha el clamor de sus hijos
en medio de toda tormenta, y fortalecidos por la oración
del mismo Cristo, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y calma los temores que inquietan nuestro corazón.
En los momentos en que la fe se debilita
y los vientos de la vida parecen demasiado fuertes,
manténnos atentos a la voz de tu Hijo,
que nos llama a la valentía y a la confianza.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado

y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que te acercaste a tus discípulos
caminando sobre las aguas agitadas
y llevaste paz a sus corazones llenos de temor,
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es Aquel que extiende su
mano para salvarnos en medio de toda tormenta.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de esta Eucaristía,
el Señor que oró en el monte
se ha acercado una vez más a nosotros.
No nos promete una vida sin tormentas,

sino una presencia que jamás nos abandona dentro de
ellas. Como Pedro, podemos vacilar.

Como los discípulos, podemos temer las olas que nos
rodean. Sin embargo, Cristo sigue hablando suavemente
al corazón: «Ánimo. Soy yo. No tengan miedo».

Que esta comunión nos enseñe
a escuchar más profundamente,
a confiar con mayor libertad
y a reconocer la mano del Señor
que ya se extiende hacia nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por estos santos misterios, Señor,
haz que, siguiendo el ejemplo de san Domingo,
te busquemos fielmente en la oración
y permanezcamos firmes en medio de las tormentas de la
vida.

Fortalecidos por la presencia de Cristo,
que caminemos confiados
y llevemos ánimo a quienes tienen miedo.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que fortaleció a sus discípulos en medio de la tormenta, mantenga firmes sus corazones en la fe y sus mentes en paz en medio de toda prueba. Amén.

Que Cristo, que se retiraba a la oración para permanecer cercano al Padre, les enseñe a escuchar la voz de Dios en el silencio, en la incertidumbre y en la vida cotidiana.

Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando en que el Señor camina hacia ustedes incluso a través de las aguas más profundas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La oración no nos libra de las tormentas de la vida; nos arraiga más profundamente en la presencia de Aquel que las atraviesa con nosotros.»

**4 de agosto de 2026 – Martes de la 18.^a Semana del
Tiempo Ordinario: San Juan María Vianney**

Jer 30,1-2.12-15.18-22; Mt 15,1-2.10-14

“Dios forma un corazón nuevo allí donde las apariencias humanas fracasan.”

INTRODUCCIÓN

Un hombre pasó varias semanas repintando la fachada de su casa. Quería que se viera perfecta desde la calle: colores renovados, líneas limpias y una apariencia impecable. Sin embargo, una tarde, después de una fuerte lluvia, parte del muro exterior se derrumbó. Los cimientos se habían estado deteriorando silenciosamente durante años, sin que nadie lo notara bajo la superficie. Lo que parecía impresionante por fuera no era sólido donde más importaba.

Es una tentación humana muy común: concentrarnos en lo que puede verse, medirse y recibir la aprobación de los demás, mientras descuidamos aquello que permanece oculto pero es esencial. Las apariencias pueden administrarse cuidadosamente, mientras que la vida

interior puede quedar abandonada. Sin embargo, con el tiempo, lo que llevamos dentro termina inevitablemente por manifestarse.

Las Escrituras de hoy nos invitan a mirar más allá de la superficie. El Señor no habla en primer lugar de lo que hacemos con nuestras manos ni de cómo nos ven los demás, sino de lo que habita en lo profundo del corazón humano. Es allí donde la verdad, el amor y la fe crecen o se marchitan.

Por eso nos presentamos ante el Señor conscientes de que, más veces de las que quisiéramos admitir, hemos invertido esfuerzos en las apariencias mientras descuidábamos la conversión interior. Pedimos perdón por las ocasiones en que hemos valorado más lo externo que lo verdadero, y nos volvemos ahora hacia la misericordia de Dios en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú miras más allá de las apariencias y escrutas lo profundo del corazón humano:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú sanas la tierra herida de nuestra vida y restauras lo que el pecado ha dañado: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú llenas nuestros corazones con la luz de tu Espíritu y nos conduces a la verdad: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, sane todo lo que está endurecido dentro de nosotros, renueve nuestros corazones por la gracia del Espíritu Santo y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que deseas la verdad en lo más profundo del corazón humano y nunca dejas de restaurar lo que ha sido herido por el pecado, derrama sobre nosotros la luz de tu Espíritu Santo, para que, libres de las apariencias vacías, lleguemos a ser un pueblo renovado interiormente y demos el fruto duradero de la santidad y del amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un agricultor se quejaba de una higuera en su huerto. “Las hojas son hermosas”, decía, “pero los frutos siempre son escasos.” Un día, en lugar de limitarse a podar las ramas visibles, decidió examinar la tierra. Descubrió que, debajo de la superficie, las raíces estaban enredadas entre piedras y no podían absorber suficiente alimento. El problema no estaba en lo que se veía, sino en lo que permanecía oculto.

Esta imagen nos ayuda a entrar en el corazón del Evangelio de hoy. Los fariseos están preocupados por lo visible: el lavado de las manos, los rituales externos, la observancia correcta de las normas. Jesús no rechaza el valor de la tradición, pero insiste en que la cuestión más profunda es el corazón. “Lo que sale de la boca procede del corazón”, dice. Es la fuente interior la que determina el fruto de una vida.

Aquí es donde el profeta Jeremías nos ofrece una esperanza sorprendente. Al principio, el mensaje es duro: heridas, pecado y una aparente ruina. Pero de repente

Dios pronuncia una palabra de restauración: “Yo te sanaré, tendré compasión de ti; ustedes serán mi pueblo.” Incluso cuando la tierra interior de nuestra vida parece dañada, Dios no ha terminado su obra. Allí donde el esfuerzo humano llega a su límite, la misericordia divina comienza a actuar.

Por eso la vida cristiana no consiste, ante todo, en un cumplimiento exterior de normas, sino en una transformación interior. Jesús mismo es “manso y humilde de corazón”, y nos invita a aprender de Él. La bienaventuranza de los limpios de corazón no es una carga moral, sino una promesa: un corazón remodelado por Dios comienza a ver la realidad de manera diferente, a amar con más libertad y a hablar con mayor sinceridad.

Esta renovación interior es obra del Espíritu Santo. No es el resultado de un esfuerzo humano por fabricarse un mejor carácter, sino una entrega confiada a la acción divina. La oración de la Iglesia lo expresa de manera sencilla: “Ven, Espíritu Santo, llena mi corazón.” Donde entra el Espíritu, lo que estaba fragmentado comienza a

sanar y lo que estaba endurecido comienza a ablandarse. Incluso nuestra propia oración forma parte de esta transformación. Está la oración silenciosa de comunión, que consiste simplemente en permanecer con Dios. Está el grito angustiado: “Señor, sálvame”, cuando reconocemos nuestra necesidad. Y está la alabanza que lo reconoce por quien Él es. Las tres forman parte de un corazón que está siendo modelado por la gracia.

Una maestra llevó una vez a un grupo de niños a visitar una antigua iglesia. Desde fuera, las vidrieras parecían oscuras y sin atractivo. Cuando entraron, la luz del sol atravesó los cristales y llenó el templo de colores maravillosos. Los niños quedaron admirados. Entonces la maestra les explicó: “Las vidrieras son bellas no por sí mismas, sino porque dejan pasar la luz.” Así sucede también con el corazón humano. Cuando vive encerrado en sí mismo, parece opaco; pero cuando permite que la luz de Dios lo atraviese, se convierte en un reflejo de la belleza divina.

Y así volvemos al punto de partida: no a lo visible, sino a

lo que llevamos dentro. Dios no abandona la tierra dañada de nuestra vida; la restaura, la renueva y hace brotar fruto allí donde antes solo veíamos fracaso. Cuando el corazón es sanado, la vida entera comienza a hablar de una manera nueva.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que estos dones que presentamos ante el Señor expresen no solamente un culto exterior,
sino la ofrenda sincera de corazones que buscan renovarse, y para que mi sacrificio y el de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, acepta las ofrendas que colocamos sobre tu altar y purifica por tu gracia las profundidades ocultas de nuestro corazón, para que lo que celebramos exteriormente en estos santos misterios nos transforme verdaderamente por dentro a imagen de tu Hijo. Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque Tú no juzgas según las apariencias
ni abandonas los corazones heridos por el pecado,
sino que, con misericordia paciente, restauras lo que está
quebrantado y renuevas en nosotros la imagen de tu Hijo.

En Cristo nos has mostrado
que la santidad no comienza en la apariencia exterior,
sino en la transformación silenciosa del corazón.

Por el don del Espíritu Santo, ablandas lo que está
endurecido, sanas lo que está fragmentado
y haces brotar fruto de vidas que antes eran estériles.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y formados por la
gracia que renueva el corazón humano, nos atrevemos a
decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente de la ceguera que valora las apariencias
por encima de la verdad; concédenos la paz en nuestros
días, para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú nos enseñaste que lo que habita en
el corazón da forma a toda la vida;
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino el deseo de
renovación y verdad que Tú mismo has sembrado en
nosotros, y concédenos la paz y la unidad según tu
voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que viene no solamente para perdonar nuestros pecados,
sino también para restaurar y renovar lo más profundo de
nuestro corazón.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor,

Tú has entrado en los lugares más ocultos de nuestro
corazón

con el poder silencioso de tu gracia.

Sana lo que está herido dentro de nosotros,
desenreda todo aquello que nos impide dar fruto,
y permite que tu luz brille a través de nuestra vida,
para que los demás no vean nuestras apariencias,
sino tu presencia que habita en nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que el sacramento que hemos recibido, Señor,
realice en nosotros la fuerza sanadora de tu gracia,
para que, renovados en la mente y en el corazón,
ya no vivamos buscando la aprobación exterior,
sino en la verdad y la libertad de tu amor.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los proteja. Amén.

Que sane las heridas ocultas de sus corazones
y los llene con la luz de su Espíritu Santo. Amén.

Que haga fecunda su vida en la bondad, la verdad y el
amor, para que Cristo sea visto en todo lo que hacen.
Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, y permitan que la luz de un corazón renovado

brille a través de sus palabras y de sus acciones.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

A Dios le preocupa menos la imagen que presentamos al mundo que el corazón que ponemos delante de Él.

Cuando permitimos que su gracia sane lo que permanece oculto en nuestro interior, nuestra vida comienza a producir el fruto silencioso y duradero de la santidad.

5 de agosto de 2026 – Miércoles de la 18.^a Semana del
Tiempo Ordinario

Jer 31,1-7; Mt 15,21-28

INTRODUCCIÓN

En una concurrida sala de espera de un hospital, una madre permaneció sentada durante horas en silencio. No había noticias, ni palabras de tranquilidad; solamente el constante tic-tac de un reloj y el ritmo inquieto de su propio corazón. Cada vez que un médico pasaba por allí, ella se levantaba buscando en su rostro aunque fuera una pequeña señal de esperanza. Nada llegaba con rapidez, pero ella se negaba a marcharse.

Hoy el profeta Jeremías nos habla de un Dios que reúne a los dispersos, sana lo que está herido y devuelve la alegría allí donde la tristeza ha permanecido demasiado tiempo. Su promesa llega precisamente a esas salas de espera de la vida donde la esperanza parece retrasarse, pero no desaparecer.

En el Evangelio, sin embargo, nos encontramos con un silencio doloroso. Una mujer extranjera clama a Jesús por

su hija, pero al principio no recibe respuesta alguna. Aun así, se niega a alejarse. Su perseverancia se convierte en testimonio de una fe que sigue confiando incluso cuando Dios parece distante.

También nosotros conocemos momentos en los que la oración parece no recibir respuesta y nuestro corazón se cansa. Acerquémonos al Señor con humildad, pidiéndole misericordia por las veces en que hemos dudado de su presencia y hemos perdido la perseverancia en la fe.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú reúnes a los dispersos y fortaleces a quienes esperan con esperanza: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú escuchas el clamor de quienes no dejan de confiar en ti: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú abres las puertas de tu misericordia a todos los que te buscan con fe humilde: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que restaura a los corazones heridos, fortalece a los cansados y recompensa la fe perseverante con la abundancia de su misericordia, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso y fiel, tú nunca abandonas a quienes te invocan con confianza.

En los momentos en que nuestras oraciones parecen no ser escuchadas y nuestro corazón se cansa de esperar, enséñanos la perseverancia y la humildad

de la mujer que no dejó de buscar tu misericordia.

Fortalece nuestra fe, para que nos mantengamos firmes en tus promesas y descubramos tu presencia salvadora incluso en el silencio.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un corredor de larga distancia describió una vez una carrera en la que, al llegar a la mitad del recorrido, sintió que su cuerpo comenzaba a fallarle. Cada paso era más pesado que el anterior y empezó a creer que no lograría llegar a la meta. Entonces, inesperadamente, vio a un niño al borde del camino que aplaudía y gritaba su nombre con total confianza. No conocía al niño, pero algo en aquella voz le dio fuerzas para continuar cuando de otro modo se habría detenido.

El hilo conductor que atraviesa la Palabra de Dios de hoy es este: una fe que se niega a soltar la mano de Dios, incluso cuando Dios parece guardar silencio o estar distante.

En el Evangelio, una mujer cananea entra en un mundo donde no se espera que tenga un lugar. El silencio inicial de Jesús y luego su respuesta aparentemente dura reflejan los límites de la misión tal como se entendía en un primer momento: “las ovejas perdidas de la casa de Israel”. Sin embargo, esta madre no permite que esos

límites la definan. Su hija está sufriendo y ella se atreve a perseverar. Incluso transforma la imagen de las “migajas que caen de la mesa” en un argumento a favor de la misericordia. Y al hacerlo, revela algo más grande que cualquier argumento: una confianza que no quiere soltar a Jesús.

Lo que impresiona no es solamente su perseverancia, sino también su creatividad en la fe. No se derrumba ante el silencio; dialoga con él. No huye de la dificultad; entra en ella. Y en ese espacio sucede algo importante. Jesús reconoce lo que ya estaba manifestándose desde el principio: “Mujer, ¡qué grande es tu fe!”.

La visión de restauración anunciada por Jeremías resuena aquí con fuerza. Dios está realmente reuniendo a los dispersos, reconstruyendo vidas y haciendo brotar alegría donde había tristeza. Pero el Evangelio nos sugiere que esta obra divina no se experimenta sin la participación de una fe perseverante. La mujer, con su insistencia, se convierte en un signo de que la misericordia de Dios nunca está limitada por fronteras humanas ni por los

tiempos divinos tal como nosotros los percibimos.

Otra historia nos ayuda a comprenderlo mejor. Un agricultor contaba que, durante una larga temporada de sequía, observaba cada día el cielo esperando lluvia. Pasaban las semanas y la tierra seguía seca. Muchos vecinos dejaron de sembrar porque pensaban que todo esfuerzo sería inútil. Sin embargo, él continuó preparando sus campos y cuidando la tierra. Finalmente llegaron las lluvias, y la cosecha fue abundante. Más tarde decía que la bendición llegó precisamente a quienes siguieron trabajando cuando parecía que nada iba a cambiar.

Así sucede también con la fe. Hay momentos en que la oración parece encontrarse únicamente con el silencio; momentos en los que Dios parece inmóvil y la esperanza parece no recibir respuesta. Sin embargo, el Evangelio de hoy insiste en que esos momentos no son ausencia de Dios, sino espacios donde la confianza se profundiza y se purifica. La mujer cananea nos enseña que incluso el silencio puede convertirse en un lugar de encuentro si nos negamos a alejarnos.

Y al final, el verdadero milagro no es solamente la curación de una niña, sino la manifestación de una fe que conmueve el corazón mismo de Cristo. Es esta fe — perseverante, humilde y valiente— la que abre puertas inesperadas a la misericordia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso, que acoge la fe perseverante de quienes buscan su misericordia y nunca abandona a quienes esperan en él.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones ofrecidos por tu pueblo, que pone su confianza en tu misericordia infalible.

Así como acogiste la fe perseverante de la mujer cananea, haz que estas ofrendas sean signos de nuestra confianza en ti y canales de sanación para todos los que esperan con esperanza. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque tú eres el Dios que reúne a los dispersos,
consuela a los afligidos y devuelve la esperanza a quienes
esperan en ti.

En tu Hijo, Jesucristo, revelaste una misericordia que
supera toda frontera y acoge a todos los que te buscan
con fe perseverante.

Cuando el silencio puso a prueba el corazón de la mujer
cananea, tu gracia sostuvo su confianza,
y por medio de su humilde perseverancia
se manifestó el poder de tu compasión.

En cada época fortaleces a tu pueblo
para que permanezca fiel en los momentos de oscuridad,
enseñándonos que tu misericordia nunca está ausente,
aunque su cumplimiento parezca demorarse.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir con la confianza
de hijos que saben que el Padre escucha incluso las
oraciones pronunciadas entre lágrimas y silencios:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente del desaliento que nos tienta a rendirnos
cuando nuestras oraciones parecen no recibir respuesta.
Fortalécenos con la perseverancia de la mujer cananea,
para que sigamos confiando en tu misericordia incluso en

los momentos de silencio y espera.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú fortaleciste la fe de la mujer que no quiso apartarse de
tu misericordia.

No mires nuestros temores ni la vacilación de nuestros
corazones, sino la confianza que tu Espíritu sigue
despertando en nosotros, y concédenos bondadosamente
la paz y la unidad de tu Reino.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que acoge a todos los que se
acercan a él con fe humilde y perseverante.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La fe suele crecer en los espacios donde las respuestas no
llegan rápidamente. La mujer cananea nos enseña que el
silencio no tiene por qué convertirse en desesperación.
Permanecer ante el Señor, seguir confiando, continuar
pidiendo con humildad: todo esto es ya un profundo
encuentro con la gracia. Cristo nunca ignora el corazón que
se niega a soltarlo. Incluso una misericordia que parece
tardar sigue siendo misericordia que viene a nuestro
encuentro.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por estos santos misterios, te damos gracias,
Señor, porque nos fortaleces con el Pan de la vida.
Cuando nuestro corazón se canse y nuestras oraciones
parezcan no recibir respuesta, manténnos fieles en la
esperanza y firmes en la confianza, para que nunca nos
apartemos de tu amor salvador. Por Jesucristo nuestro

Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor fortalezca sus corazones cuando la fe sea puesta a prueba. Amén.

Que les enseñe a perseverar en la oración y a confiar en su misericordia incluso en el silencio. Amén.

Y que Dios todopoderoso los reúna, los sane y los restaure en la esperanza, el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que el Señor escucha todo clamor que brota de un corazón fiel.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe no se demuestra cuando las respuestas llegan rápidamente, sino cuando seguimos confiando incluso en medio del silencio. Como la mujer cananea, permanezcamos un poco más ante el Señor, creyendo que su misericordia siempre alcanza a quienes se niegan a perder la esperanza.

**6 de agosto de 2026 – Jueves de la 18.^a Semana del
Tiempo Ordinario - La Transfiguración del Señor**
Dn 7,9-10.13-14; Mt 17,1-9

INTRODUCCIÓN

Un fotógrafo contó una vez que se levantó antes del amanecer para captar un paisaje en unas colinas remotas. Todo estaba oscuro, indefinido, casi desalentador. Sin embargo, mientras esperaba, la primera luz apareció en el horizonte, y aquello que parecía ordinario y apagado cobró de pronto vida, color y profundidad. Más tarde comentó que nada había cambiado en el paisaje mismo; lo único que había cambiado era que sus ojos habían aprendido a recibir la luz.

Momentos como ese nos recuerdan discretamente que la realidad suele ser mucho más rica de lo que percibimos a primera vista. Lo que parece plano o rutinario puede revelar, bajo una luz diferente, belleza, significado e incluso una especie de gloria escondida. Mucho depende del lugar desde donde miramos y de la paciencia con la que contemplamos.

La fe nos habla de una manera semejante. No sustituye la

realidad; la profundiza. Nos enseña a reconocer que la presencia de Dios muchas veces ya está allí, esperando ser descubierta, especialmente en aquellos lugares donde menos la esperamos.

Y, sin embargo, con demasiada frecuencia nuestra visión es limitada y apresurada. No nos damos cuenta, no escuchamos, no permanecemos abiertos a las formas silenciosas en que Dios se acerca a nosotros. Por esta ceguera del corazón y esta prisa del espíritu, nos volvemos hacia el Señor con sinceridad y le pedimos misericordia mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú revelaste tu gloria para fortalecer a tus discípulos en el camino de la Cruz: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú permaneces con nosotros en los momentos de luz y en los valles de oscuridad:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a escuchar tu voz y a seguirte con amor fiel: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso abra nuestros ojos a la luz de su Hijo, nos fortalezca en el camino a través de toda prueba e incertidumbre, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en la gloriosa Transfiguración de tu Unigénito confirmaste los misterios de la fe con el testimonio de los Padres y prefiguraste admirablemente nuestra plena adopción filial, concédenos, te rogamos, que escuchando fielmente la voz de tu Hijo amado, caminemos con él tanto en la luz como en la oscuridad y lleguemos así a ser coherederos de su gloria.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un guía de montaña contó una vez que acompañó a un grupo de excursionistas hasta una alta cumbre después de largas horas de ascenso difícil. Exhaustos, permanecieron en silencio cuando de repente las nubes se abrieron y dejaron ver un horizonte inmenso bañado por la luz. Uno de ellos, profundamente conmovido, susurró: “No sabía que el mundo podía verse así”. Por un instante habían ido más allá de la visión ordinaria y habían contemplado algo que parecía casi celestial.

En el Evangelio de hoy, Pedro, Santiago y Juan viven una experiencia todavía más profunda. Jesús se transfigura delante de ellos: su rostro resplandece como el sol y sus vestidos se vuelven blancos como la luz. Por un breve momento se levanta el velo y ellos contemplan quién es realmente: el Hijo amado, resplandeciente de gloria divina. No es extraño que Pedro exclame: “Señor, ¡qué bien se está aquí!”.

El hilo conductor que atraviesa esta fiesta es sencillo, pero exigente: desde la montaña de la luz hasta el valle de la cruz, el Señor está con nosotros.

Pero la montaña no puede convertirse en un lugar de descanso permanente. La voz que sale de la nube interrumpe el deseo de Pedro de quedarse allí: “Este es mi Hijo amado... escúchenlo”. Los discípulos deben bajar de la montaña. El mismo Jesús que brilla en gloria caminará pronto hacia Jerusalén, donde su rostro será golpeado y desfigurado. La Transfiguración y la Cruz no son realidades opuestas; están profundamente unidas. La gloria revelada en la montaña no está separada del sufrimiento; resplandece incluso a través de él.

Esta es también la lucha del discipulado. Como Pedro, nosotros queremos conservar los momentos de claridad, de paz y de consuelo. Sin embargo, la fe nos invita a reconocer que Dios está igualmente presente cuando la vida está llena de luz y cuando se encuentra envuelta en sombras. En la oración, en la comunidad, en la Eucaristía y en el tejido ordinario de la vida diaria, el Padre sigue diciendo: “Este es mi Hijo... escúchenlo”. Y escuchar significa seguirlo no solamente hacia la luz, sino también hacia el amor que persevera en medio de la oscuridad.

Hay momentos en los que nosotros también alcanzamos a

vislumbrar esa luz: cuando la oración parece viva, cuando el amor se recibe o se entrega gratuitamente, cuando la misma creación parece hablar de Dios. Y hay otros momentos en los que caminamos sin claridad, cuando Dios parece oculto y, sin embargo, el camino continúa. El mismo Señor está presente en ambas situaciones.

Una enfermera compartió una vez la experiencia de acompañar a un paciente durante una larga y dolorosa noche. No ocurrió nada extraordinario: no hubo una recuperación repentina ni respuestas claras. Sin embargo, el paciente, apenas capaz de hablar, le dijo en voz baja:

“Quédate conmigo”. La enfermera simplemente sostuvo su mano durante toda la noche. Más tarde reflexionó que no había sido un momento “luminoso”, pero sí profundamente verdadero. Algo de la cercanía de Dios estaba presente allí, no en una montaña, sino en el silencio junto a una cama donde la esperanza parecía casi invisible, pero era real.

Y quizá allí es donde finalmente nos conduce la Transfiguración: no a escapar de las luchas del mundo, sino a reconocer que incluso allí el rostro de Cristo no está ausente. Es el mismo Señor que resplandece en la gloria y

que camina con nosotros en nuestra fragilidad. Escucharlo significa confiar en que ambos lugares forman parte del mismo camino.

Se cuenta una antigua historia sobre un viajero que atravesaba un valle oscuro durante la noche. Apenas podía ver lo que tenía delante; sólo distinguía tenuemente el sendero bajo sus pies. Pero de vez en cuando, una pequeña lámpara encendida en una casa lejana brillaba en la oscuridad y le mostraba el camino a seguir. Más tarde dijo que no era el brillo de aquella luz lo que lo mantenía avanzando, sino la certeza de que la luz seguía allí.

Así sucede también con nosotros. No siempre permanecemos en la montaña de la claridad, pero nunca estamos privados de la luz de Cristo. La gloria puede estar oculta, pero no ha desaparecido. Y paso a paso, el Señor continúa guiándonos: sí, nos conduce montaña abajo, pero jamás nos aleja de su presencia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con confianza al Señor que nos acompaña desde la montaña de la gloria hasta los valles de la vida cotidiana, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Santifica, Señor, te rogamos, estas ofrendas que presentamos para celebrar la gloriosa Transfiguración de tu Unigénito, y por el resplandor de su gloria purifícanos de toda mancha de pecado y fortalécenos para seguirlo fielmente en cada alegría y en cada prueba de la vida.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque en el monte santo reveló a sus discípulos elegidos la gloria escondida de su vida divina, fortaleciendo sus

corazones ante el escándalo de la Cruz y enseñándoles que el sufrimiento y la gloria están unidos en el misterio de tu amor salvador.

En él aprendemos a reconocer tu presencia tanto en los momentos de alegría radiante como en los tiempos en que el camino aparece cubierto de sombras e incertidumbre.

Porque tu Hijo sigue caminando con su pueblo, pronunciando palabras de esperanza y guiándonos con una luz que nunca se apaga.

Por eso, con los ángeles y los santos, proclamamos tu gloria diciendo a una sola voz:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos del Padre, llamados a seguir al Hijo amado tanto en los momentos de luz como en los tiempos de oscuridad, oremos con confianza las palabras que Jesús mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por la luz de Cristo tanto en los momentos de claridad como en los de incertidumbre, podamos caminar con confianza por los valles de la vida mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú revelaste tu gloria a tus discípulos y los fortaleciste para el camino que tenían por delante. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad mientras peregrina por la oscuridad de este mundo guiada por tu luz que nunca falla.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es aquel que revela la gloria del Padre
y permanece con nosotros en cada paso de nuestro camino.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, ¡qué bien se está aquí!

Y, sin embargo, no nos pides permanecer únicamente en la montaña del consuelo. Nos conduces de nuevo a la vida cotidiana llevando en el corazón la luz silenciosa de tu presencia. Fortalécenos para confiar en que, aun cuando la gloria parezca oculta, tú sigues cerca, caminando a nuestro lado y guiándonos hacia adelante.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que el alimento celestial que hemos recibido, Señor, nos transforme a imagen de tu Hijo, cuya gloria resplandeciente brilló en la montaña y cuyo amor fiel perseveró en el camino de la Cruz.

Concédenos que, escuchando siempre su voz, perseveremos en la esperanza hasta participar plenamente de la luz de tu Reino.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que reveló la gloria de su Hijo amado, fortalezca sus corazones con la luz de la fe. Amén.

Que los guíe en cada alegría y en cada prueba, y los mantenga firmes en la escucha de su voz. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,

llevando la luz de Cristo a los caminos ordinarios de la vida, confiando en que el Señor que resplandece en la montaña también camina a su lado en cada valle.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“La gloria puede estar oculta, pero no ha desaparecido. El mismo Cristo que resplandece en la montaña camina con nosotros por cada valle.”

7 de agosto de 2026 – Viernes de la 18.ª Semana

Nahúm 2,1.3; 3,1-3.6-7; Mateo 16,24-28

“Dios forma un corazón nuevo allí donde las apariencias humanas fracasan.”

INTRODUCCIÓN

Había una vez una joven pianista de conciertos que, después de ganar una competencia internacional, se encontró actuando en los escenarios más prestigiosos del mundo. Más tarde, su diario reveló algo inesperado: en medio de los aplausos y las ovaciones de pie, se sentía extrañamente vacía. “Tenía todo lo que quería”, escribió, “pero ya no sabía quién era”. Aquello que pensó que daría vida a su existencia, de algún modo silencioso, se la había quitado.

Muchos de nosotros reconocemos esa tensión dentro de nosotros mismos. Trabajamos, logramos metas, adquirimos bienes y buscamos reconocimiento, esperando que estas cosas satisfagan el hambre más profunda del corazón. Sin embargo, cuanto más nos aferramos a nosotros mismos, más inquietos solemos volvernos.

Hoy Jesús nos enseña un camino diferente: que la vida se encuentra verdaderamente no en aferrarse, sino en entregarse; no en protegerse a uno mismo, sino en amar. Nos invita a perder el falso yo que busca control y comodidad, para que pueda surgir un yo más profundo y más libre en comunión con Dios.

Al presentarnos ante el Señor, reconozcamos las veces en que nos hemos resistido a amar, hemos rechazado el camino de la entrega generosa y hemos buscado la vida lejos de Dios. Pidamos misericordia y sanación mientras nos preparamos para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos mostraste que la verdadera vida se encuentra en el amor que se entrega: Señor, ten piedad. Cristo Jesús, tú nos llamas a desprendernos del falso yo que se aferra al poder, a la comodidad y al reconocimiento: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú abriste el camino a la vida eterna entregándote completamente en la Cruz: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos libere del vacío del egoísmo, nos enseñe la alegría del amor que se entrega, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso,
tú nos enseñas por medio de tu Hijo
que quien pierde su vida por él la encontrará
verdaderamente;
libera nuestros corazones de todo aquello que nos hace
encerrarnos en nosotros mismos
y forma dentro de nosotros un espíritu de amor generoso,
para que, siguiendo a Cristo por el camino de la Cruz,
descubramos la plenitud de la vida que nunca se
desvanece.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

En un funeral celebrado a comienzos de esta semana, la familia habló de su madre con una expresión sencilla pero impactante: “Era una persona que daba, no una persona que tomaba”. No hizo falta exageración ni elogios elaborados. En esa única descripción habían resumido la forma de una vida bien vivida. Y, silenciosamente, reflejaban el corazón mismo del Evangelio que escuchamos hoy.

Jesús pronuncia unas palabras que desconciertan nuestros instintos: “El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí la encontrará”. A primera vista, esto parece una contradicción. Sin embargo, es la paradoja que está en el centro del discipulado cristiano. Seguir a Cristo no significa acumular vida para uno mismo, sino recibir la vida mediante la entrega de sí.

La mujer recordada en aquel funeral había comprendido esto a su manera. No medía sus días por lo que conservaba, sino por lo que daba: tiempo, cuidado, paciencia, presencia. Y al hacerlo, se volvió más plenamente viva, y también lo hicieron quienes la rodeaban. Esto es precisamente lo que Jesús revela en sí mismo: el supremo “Dador”, que no se aferró a

su vida, sino que la derramó por amor y, mediante ese mismo acto, abrió para todos el camino hacia la vida eterna.

Por eso Jesús también advierte: “¿De qué le sirve a una persona ganar el mundo entero si pierde su vida?”. Es posible tener éxito exteriormente y, sin embargo, ir disminuyendo interiormente poco a poco. Es posible estar lleno de posesiones y, al mismo tiempo, vacío de amor. El Evangelio no rechaza los bienes de esta vida, pero sí cuestiona aquello sobre lo cual construimos nuestra existencia. Si el propio yo se convierte en el centro de todo, poco a poco se transforma en una prisión.

Por eso Jesús habla de negarse a sí mismo y cargar con la cruz. No es una invitación al desprecio de sí mismo ni a la tristeza. Es una invitación a dejar atrás el falso yo: ese yo que insiste en que el control, el reconocimiento y la comodidad son bienes supremos. Ese falso yo debe “perderse”, no porque la vida esté en contra de nosotros, sino porque es demasiado pequeño para contener la vida que Dios desea darnos.

Cuando ese falso yo afloja su dominio, sucede algo sorprendente: comienza a surgir un yo más profundo. Un yo

capaz de amar. Un yo abierto a Dios. Un yo que puede dar sin miedo a perder, porque ha descubierto que el amor mismo ya es vida.

Un trabajador de rescate relató una vez cómo participó en una operación de búsqueda en una montaña durante un duro invierno. Un escalador había resbalado y había quedado atrapado en una estrecha cornisa. Llegar hasta él significaba exponerse al riesgo de bloques de hielo que podían desprenderse y a un terreno inestable. Finalmente, uno de los rescatistas se ofreció voluntariamente para avanzar, desplazándose con cuidado por la peligrosa cresta. Más tarde comentó sencillamente: “En ese momento no pensé en salvarme a mí mismo. Solo sabía que alguien necesitaba ayuda”. Aquella decisión salvó la vida del escalador, pero también reveló algo acerca del rescatista: en ese acto costoso de valentía fue más plenamente él mismo que en cualquier otro momento de su vida.

Ese es el misterio que Jesús pone hoy ante nosotros. Seguirlo no es perder la vida, sino encontrarla allí donde más profundamente importa. El camino de Cristo es el camino de quien da, no de quien toma. Es el camino del amor que no

calcula y de un yo que ya no vive encerrado en sí mismo. Y así volvemos a su pregunta: ¿qué puede dar una persona a cambio de su vida? La respuesta no son las posesiones, los logros ni el control. La respuesta es el amor: el amor recibido de Dios y entregado a los demás. En ese intercambio no se pierde nada esencial. Todo lo esencial es encontrado.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, ofrezcamos también a Dios nuestro egoísmo, nuestros temores y nuestro deseo de control, para que Cristo nos transforme en personas que no viven para sí mismas sino en un amor generoso, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
recibe estas ofrendas que presentamos ante ti
y enséñanos por medio de este santo sacrificio
que la vida que entregamos por amor nunca se pierde
ante tus ojos.

Así como tu Hijo se entregó completamente para la salvación del mundo,
haz que también nosotros aprendamos a ofrecernos libremente al servicio unos de otros.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría nos has mostrado por medio de tu Hijo que la plenitud de la vida no se encuentra en poseer, sino en amar.

Cuando la humanidad buscaba la grandeza mediante el poder y el interés propio, Cristo reveló el camino más profundo de la humilde entrega de sí mismo.

Al abrazar la Cruz, venció el vacío del pecado y del egoísmo y nos abrió el sendero hacia la vida eterna.

Por medio de él nos enseñas

que ningún acto de amor se pierde jamás,
y que los corazones formados en la generosidad
ya comienzan a participar de la alegría de tu Reino.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque Cristo nos ha enseñado que la verdadera vida no
se encuentra en aferrarnos a las cosas para nosotros
mismos, sino en confiar en el Padre y entregarnos con
amor, oremos con la confianza de hijos que saben que
están sostenidos por el cuidado de Dios:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
especialmente líbranos del egoísmo que cierra nuestros
corazones a los demás;
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo. Tuyo es el Reino, tuyo el
poder y la gloria por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la verdadera vida
se encuentra en el amor que se entrega;
no tengas en cuenta nuestros egoísmos y temores,
sino la fe de tu Iglesia,
y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que se entregó completamente
para que nosotros pudiéramos descubrir la plenitud de la
vida. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, en esta Eucaristía nos has mostrado una vez más
que el amor es más fuerte que el miedo
y que la entrega generosa es más fuerte que el egoísmo.
Enséñanos a vivir no como quienes toman, sino como
quienes dan,
para que la vida de Cristo crezca cada día dentro de
nosotros.
Que salgamos de esta mesa con corazones más libres,
dispuestos a amar sin calcular el costo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, Señor,
te pedimos que fortalezcas en nosotros
el espíritu de amor generoso revelado en tu Hijo.
Líbranos de todo aquello que nos mantiene encerrados en
nosotros mismos y ayúdanos a seguir a Cristo con
corazones valientes, para que, perdiendo nuestra vida por
él, lleguemos a participar plenamente de la vida que nunca
termina. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor les enseñe que la verdadera grandeza se
encuentra en el amor humilde. Amén.
Que libere sus corazones de todo egoísmo y temor,
y los haga generosos en el servicio a los demás. Amén.
Que descubran cada día que la vida entregada por amor
nunca se pierde en Dios. Amén.
Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de amor generoso y de entrega a los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“La vida a la que nos aferramos se vuelve más pequeña; la vida que entregamos por amor se vuelve eterna.”

8 de agosto de 2026 – Sábado de la 18.^a Semana del Tiempo Ordinario

Santa María de la Cruz (Solemnidad en Australia)

1 Re 17, 8-16; Col 3,12-17; Mt 6,25-34

Busquen primero el Reino, y confíen a Dios todo lo demás.

INTRODUCCIÓN

Se cuenta una antigua historia de una mujer que pasó la noche anterior a un largo viaje empacando y desempacando cuidadosamente su maleta. Se preocupaba por cada posible necesidad: ropa extra, comida que quizá no necesitaría, libros que nunca leería e incluso objetos que podría haber comprado fácilmente al llegar a su destino. Al amanecer estaba agotada y la maleta estaba tan llena que apenas podía levantarla. Cuando llegó a la estación, descubrió que había olvidado en casa el boleto de viaje. En medio de su ansiedad por “todo”, había olvidado lo único verdaderamente necesario. Muchas veces la vida se parece a esa historia. Llevamos en el corazón muchas preocupaciones: la familia, el trabajo, la salud, el futuro; y poco a poco la ansiedad

puede desplazar la confianza. Tratamos de sostenerlo todo por nosotros mismos hasta que la paz desaparece. Hoy, en la Solemnidad de Santa María de la Cruz, se nos recuerda el testimonio de una mujer que vivió con una profunda confianza en la providencia de Dios. En tiempos de incertidumbre y dificultad, ella buscó primero el Reino de Dios y confió al Señor todo lo demás.

Al reunirnos para esta Eucaristía, reconocamos las veces en que el miedo, la preocupación y la excesiva confianza en nosotros mismos han debilitado nuestra confianza en Dios. Abramos ahora nuestro corazón a su misericordia y preparémonos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a buscar primero el Reino de Dios cuando la ansiedad oscurece nuestro corazón:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas a confiar en el Padre que conoce todas nuestras necesidades: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú llenas el corazón de los fieles con la paz que vence todo temor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, nos libere de las cargas del miedo y de los corazones angustiados, fortalezca nuestra confianza en su amorosa providencia y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Glorifiquemos ahora a Dios, que cuida de sus hijos con amor de Padre y nos invita a confiar plenamente en su providencia. Con alegría cantemos:

ORACIÓN COLECTA

Dios de providencia y de paz, que enseñaste a Santa María de la Cruz a buscar ante todo tu Reino
y a confiar en tu amoroso cuidado en toda prueba,
libera nuestro corazón de los temores que nos inquietan,
fortalece nuestra fe en tu presencia
y ayúdanos a vivir con compasión, humildad y confianza
en tu voluntad. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Había una vez un agricultor que había trabajado su tierra durante muchos años. En una temporada, las lluvias no llegaron y el suelo se agrietó bajo un sol implacable. Cada mañana caminaba hasta el borde de su campo, contemplaba la tierra reseca y sentía crecer el temor en su corazón:

“¿Qué vamos a comer? ¿Qué será de mi familia?”. Sus noches se volvieron inquietas y sus oraciones comenzaron a estar llenas de ansiedad más que de paz.

Precisamente a esa experiencia tan humana se dirige Jesús en el Evangelio de hoy: “No se preocupen por su vida... por lo que han de comer o vestir.” Jesús no está ignorando la lucha de aquel agricultor ni la nuestra. Más bien, nos muestra cuán fácilmente la preocupación puede apoderarse del corazón. Cuando la ansiedad se vuelve absoluta, desplaza silenciosamente la confianza, y hasta Dios puede parecer lejano.

Por eso Jesús nos orienta de nuevo: “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia.” Es la misma sabiduría que encontramos en el profeta Habacuc: “El justo vivirá por la fe.” No por el control ni por la certeza absoluta, sino confiando en

el Dios que permanece fiel incluso cuando el campo está seco y el futuro es incierto.

El Evangelio también nos presenta a los discípulos, que se encuentran impotentes ante un niño que sufre. Habían recibido autoridad, pero no logran curarlo. Su pregunta es sincera: “¿Por qué nosotros no pudimos hacerlo?” Jesús señala el problema más profundo: una fe pequeña. No la ausencia de fe, sino una confianza debilitada por la presión, una fe que lucha por mantenerse firme cuando la realidad se vuelve difícil.

San Pablo profundiza aún más esta visión cuando nos dice: “Revístanse de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia... y que la paz de Cristo reine en sus corazones.” Estas no son virtudes abstractas, sino signos visibles de una confianza interior. La ansiedad encoge el corazón; la paz de Cristo lo ensancha y crea espacio para que Dios actúe.

La relación entre las lecturas es clara: la preocupación limita nuestra visión de Dios, mientras que incluso una fe frágil abre la posibilidad de su acción. Jesús no nos pide una certeza heroica, sino una apertura confiada que permita a

Dios obrar a través de nuestras limitaciones.

Se cuenta que, durante una de sus visitas a las escuelas que había ayudado a fundar en las zonas rurales de Australia, Santa María de la Cruz encontró una comunidad que atravesaba grandes dificultades económicas. Los recursos eran escasos y muchos se preguntaban si podrían continuar adelante. Ella escuchó con atención sus preocupaciones y luego los animó a perseverar, recordándoles que Dios nunca abandona a quienes trabajan por su Reino. No confiaba en soluciones espectaculares, sino en la acción silenciosa y constante de la Providencia, que se manifiesta día tras día. Esa es la invitación que nos hace hoy esta Eucaristía: no eliminar todas nuestras preocupaciones, sino ponerlas ante el Señor que ya conoce nuestras necesidades. No controlar todos los resultados, sino buscar primero el Reino y permitir que todo lo demás encuentre su lugar adecuado dentro del amoroso cuidado de Dios.

INVITACIÓN AL CREDO

Profesemos ahora nuestra fe en Dios, que cuida de nosotros con amor de Padre y nos llama a confiar en su providencia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, confiando no en nuestras propias fuerzas sino en la providencia de Dios, podamos presentar ante el Señor las cargas de nuestro corazón junto con estos dones, y que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones ofrecidos con fe mientras ponemos ante ti nuestras preocupaciones, esperanzas y necesidades de cada día.

Por medio de este santo sacrificio, enséñanos a buscar primero tu Reino y a confiar en que nos concederás todo lo necesario para nuestra salvación. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar,

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú eres el Padre amoroso que conoce las necesidades de sus hijos antes de que te las pidan.

Cuando el miedo y la ansiedad pesan sobre el corazón humano, nos llamas a confiar en tu providencia y a buscar primero tu Reino.

En Santa María de la Cruz diste a tu Iglesia un testimonio vivo de fe perseverante.

En medio de la incertidumbre y las dificultades, ella no se apoyó en seguridades humanas, sino en la fuerza serena de tu gracia, enseñando a otros a caminar con confianza y paz.

Por medio de esta Eucaristía renuevas nuestra confianza en tu cuidado y nos llenas de la paz de Cristo, que nos libera para vivir con compasión, humildad y amor.

Por eso, unidos a los Ángeles y a los Santos, te alabamos sin cesar, diciendo: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con la confianza de hijos que saben que el Padre cuida de todas sus necesidades:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente del miedo y de la ansiedad que debilitan nuestra fe, y concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando en tu amorosa providencia, busquemos primero tu Reino y vivamos con el corazón abierto a tu voluntad, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos dijiste que no nos preocupáramos por el mañana, sino que confiáramos en el Padre que cuida de todos sus hijos. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz que libera los corazones del temor y la unidad que nace de

buscar primero tu Reino.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos libera del temor
y nos invita a confiar en el amoroso cuidado del Padre.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, con frecuencia llevamos cargas que nunca
debimos llevar solos.

En esta Eucaristía nos recuerdas que el Padre ya conoce
nuestras necesidades y que tu gracia basta para cada día.

Como Santa María de la Cruz, enséñanos a caminar hacia
adelante con serena confianza,
a buscar primero tu Reino
y a dejar todo lo demás en tus manos.

Que la paz de Cristo reine en nuestros corazones
y nos libere de todo temor angustioso.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por estos santos misterios, te pedimos, Señor
Dios nuestro, que, por el ejemplo y la intercesión de Santa
María de la Cruz, crezcamos en una fe firme y en una
confianza plena en tu providencia.

Que la paz de Cristo habite en nuestros corazones y nos
guíe a buscar primero tu Reino en todas las cosas.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor libere sus corazones de toda ansiedad
y los fortalezca en la fe y en la confianza. Amén.

Que los llene con la paz de Cristo y los ayude a buscar
cada día su Reino en primer lugar. Amén.

Que el ejemplo de Santa María de la Cruz
los anime a caminar con confianza y esperanza
en medio de todas las incertidumbres de la vida. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en la providencia de Dios y buscando ante todo su Reino en todo lo que hagan.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La preocupación crece cuando intentamos cargar solos con el mañana; la paz comienza cuando ponemos el día de hoy en las manos de Dios y buscamos primero su Reino.